

la definición del vanguardismo que nos proponen los autores resulta demasiado estrecha. Sólo ven de la vanguardia la iconoclastia y el afán de novedad. Pero la vanguardia es también la búsqueda de un nuevo lenguaje poético, que exprese con más fidelidad la intuición del artista. Vallejo y Neruda crean una poesía nueva. En este sentido son verdaderos vanguardistas y deben ser considerados como tales. Estas observaciones no deben interpretarse como una condena al libro. Los autores reconocen la necesidad de un replanteamiento del modernismo y del vanguardismo, y aunque sólo resuelven el problema en parte, sus sugerencias no dejan de ser atendibles. Por su excelente selección poética y por la calidad de su materia crítica, esta antología de los profesores Florit y Giménez ha de ser un libro indispensable para los cursos universitarios.

JAMES HIGGINS

*University of Liverpool*

JOHN E. ENGLEKIRK, IRVING A. LEONARD, JOHN T. REID, JOHN A. CROW. *An Anthology of Spanish American Literature*. Appleton-Century-Crofts: New York, 1968. (Segunda edición; dos tomos).

Esta segunda edición de *An Anthology of Spanish American Literature* ha sido proyectada como complemento a la tercera edición de la *Outline History of Spanish American Literature*, publicada por el mismo comité bajo los auspicios del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Se divide en tres partes. La primera, *From Discovery to Independence*, contiene tres secciones: *Literature of Discovery, Conquest, Exploration and Evangelization*, con textos de Cortés, Bernal Díaz, Núñez Cabeza de Vaca, el Inca Garcilaso, Ercilla, y González de Eslava; *The Flowering and Decline of Colonial Letters*, donde figuran Balbuena, Sor Juana, Caviedes, y Sigüenza y Góngora; *Enlightenment and Revolt*, representadas por Concolorcorvo, Lizardi, Bolívar, Hidalgo, Olmedo, Bello y Heredia. Esta es probablemente la parte más lograda y más completa del libro. Sin embargo, es de lamentar que los autores no hayan incluido algún texto de Las Casas para contrapesar la visión de la Conquista que nos ofrecen Cortés y Bernal Díaz.

La segunda parte, *From Independence to the Mexican Revolution*, también consta de tres secciones: *Romanticism*, donde aparecen Echeverría, Mármol, Sarmiento, Del Campo, Hernández, Obligado, Zorrilla de San Martín, Pérez Bonalde, Acuña, Altamirano, Montalvo y Palma; *Realism and Naturalism*, representados por Lillo, Viana y Carrasquilla; *Modernism*, con textos de casi todas las figuras consagradas. Los autores se han visto obligados a omitir a algunos escritores importantes, como por ejemplo "Plácido", Gómez de Avellaneda y Díaz Mirón. Pero esta parte también tiene sus aciertos: se nos ofrece versiones hábilmente abreviadas del *Martín Fierro* y *Tabaré*; se traza la evolución del romanticismo en Argentina desde Echeverría hasta el modernismo; aunque sólo se incluye a tres autores realistas, los textos seleccionados captan el espíritu del movimiento; las selecciones modernistas no se limitan a la poesía sino que incluyen ensayos de Díaz Rodríguez y Rodó y obras en prosa de González Prada, Martí, Gutiérrez Nájera, Darío y Lugones.

La tercera parte, *From the Mexican Revolution to the Present*, se divide en cuatro secciones: *Postmodernism*, representado por Fernández Moreno, Banchs, Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral, Luis Carlos López, Rivera, Arévalo Martínez y López Velarde; *Vanguardismo*, con textos de Neruda, Borges, Vallejo, Carrera Andrade, Guillén, Pellicer, Torres Bodet y Paz; *Essay*, donde figuran Blanco-Fombona, Ugarte, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Reyes, Martínez Estrada, Arciniegas y Picón-Salas; *Fiction*, con selecciones de Quiroga, Hernández-Catá, Rojas, Mallea, Carpentier, Yáñez, Arreola, Rulfo y Benedetti. Esta tercera parte es la más débil del libro. En cierto sentido es inevitable que sea así, puesto que es imposible que una antología de este tipo abarque toda la enorme producción del siglo veinte. Pero esta excusa no justifica la exclusión de poetas de la categoría de Palés Matos, Molinari, Villaurrutia, Gorostiza y Parra, sobre todo cuando se incluye otros netamente inferiores, como Rivera, para citar sólo uno. Tampoco hay justificación para la inclusión de un ensayo como *Apolo o de la literatura*, de Alfonso Reyes, cuyo valor intrínseco es escaso y que no tiene ninguna referencia a la cultura americana.

Sin duda alguna la sección más insatisfactoria es la que se refiere a la narrativa contemporánea. No se puede disputar la inclusión de los narradores seleccionados, con la posible excepción de Hernández-Catá, pero una lista de los escritores omitidos sería imponente y esta sección no consigue ofrecer una visión coherente de lo que es la narrativa moderna. Los mismos autores son conscientes de esta laguna, que además es inevitable: la narrativa hubiera exigido un tomo completo para sí. La falta de espacio les ha obligado a excluir trozos de novela —las únicas excepciones son pasajes de Yáñez y Carpentier, "self-sustained units of unusual artistic and thematic significance"— y esta política se justifica. Pero se incluye pasajes de cuatro "novelas" coloniales —*Naufragios*, *Infatunidos de Alonso Ramírez*, *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* y *El Periquillo Sarniento*—, y me parece que, en vista de la evidente superioridad de la narrativa moderna, hubiera sido mejor suprimir los tres primeros para permitir la inclusión de otros escritores del siglo veinte.

Las principales deficiencias de la antología son, en gran parte, la consecuencia inevitable de la falta de espacio. Por una parte, los autores han tenido que omitir figuras importantes; por otra, han tenido que abreviar textos largos. En el primer caso, como se ha dicho, la selección hubiera podido ser mejor. En el segundo, la abreviación llega, en alguna que otra ocasión, a tener consecuencias graves, distorsionando todo el sentido del texto. Así, *El Matadero*, de Echeverría, aparece con toda la primera parte suprimida. Esta primera parte, en que Echeverría señala la vinculación entre Rosas y la Iglesia y da a entender que Rosas no imponía su dictadura por la fuerza simplemente sino que ejercía un poder casi religioso sobre el pueblo, da el tono a todo el cuento y sin ella el cuento no se entiende.

Cada autor es presentado mediante una introducción sucinta que señala las principales características de su obra. Hay alguna que otra inexactitud: si bien es cierto que el APRA era "strongly pro-Indian, anti-ruling-class, pro-democratic, anti-dictator, pro-collectivist, anti-concentration of wealth" (p. 364), no lo es en la actualidad; la obra de Martínez Estrada es todo menos que "cínica" (p. 689). Pero en general estas introducciones son de una alta calidad, como lo son también

las abundantes notas que acompañan los textos. A pesar de sus limitaciones esta antología ha de ser de una gran utilidad para los cursos introductorios de literatura hispanoamericana en universidades y colegios de U. S. A. y otros países.

JAMES HIGGINS

*University of Liverpool*

GUILLERMO CABRERA INFANTE. *Tres tristes tigres*. Barcelona: Editorial Seix Barral, Biblioteca Breve, 1967.

*Tres tristes tigres* es una novela con historia, y en un sentido muy amplio, pues los azares que han conducido a su versión final forman parte de un importante capítulo de historia del siglo XX —el que nos está tocando vivir—, caracterizado por la lucha del individuo contra presiones de todo género, particularmente políticas, lucha (verdadera agonía) que refleja una buena porción de la literatura de nuestro tiempo. En un número del magazine literario *Lunes de Revolución* (suprimido por el gobierno cubano en 1961) había aparecido un "avance" de la novela, bajo el título de "Ella cantaba boleros", que, continuando la línea de algunos de sus relatos anteriores, como el brillante "Josefina, atiende a los señores", mostraba, sin embargo, un Cabrera Infante distinto, o mejor, un escritor ya maduro, en plena posesión de sus recursos creadores. Pero cuando en 1964 se anunció que la novela de Cabrera Infante, titulada entonces *Vista del amanecer en el trópico*, había recibido el premio Biblioteca Breve de la Editorial Seix Barral, la noticia suscitó en mí encontradas emociones. Por una parte, me alegraba de que el premio hubiera correspondido a un cubano, por añadidura miembro de mi generación y viejo amigo, con quien había participado en más de una de esas empresas artísticas que en nuestro país requieren tenacidad y paciencia infinitas, como la de la "Cinemateca de Cuba" en la década de los cincuenta. Por otra, el título sugería que se trataba de una novela concebida "a programa" —programa político-social, claro está—, como tantas otras escritas en Cuba a partir de 1959, y me costaba trabajo aceptar que un talento como el de Cabrera Infante, cuya cualidad más destacada era su independencia, se hubiera plegado a esa moda, o modo, que termina, en la mayoría de los casos, por reducir al artista a un mero artesano de la fórmula y el tópico. Afortunadamente —y el novelista lo ha aclarado hace poco, en la entrevista con Emir Rodríguez Monegal aparecida en *Mundo Nuevo* (Núm. 25, julio 1968)—, Cabrera Infante ha optado por el camino cada día más difícil de la fidelidad a sí mismo, y esta que leemos es la versión revisada, o rehecha, del manuscrito primero; eliminada toda apriorística connotación político-social, el resultado es un testimonio, a la vez lúcido y apasionado, de ciertos aspectos de la vida cubana, ante los cuales no se pide al lector una simplista aprobación o condena, sino una comprensión que, como toda auténtica manera de comprender, ha de nacer de ese perfecto equilibrio entre el amor y la repulsión generalmente denominado espíritu de tolerancia. Y ya que he hablado de independencia en Cabrera Infante, debo añadir que, entre sus